



«¿Qué es la libertad sin la sabiduría y sin la virtud?»

BURKE Y LA CRÍTICA A LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Ramon ALCOBERRO

Edmund Burke (1729-1797) parecía predestinado a glosar los derechos del hombre, en vez de ser su crítico más incisivo. Diputado *whigh*, e irlandés de origen, se había implicado en la defensa de la libertad de las colonias americana, había luchado contra los intentos del rey Jorge III para convertirse en soberano absoluto y había defendido los derechos de una Irlanda católica contra la violenta represión protestante. Sin embargo, ha pasado a la posteridad como el mejor crítico de las ideas de la Revolución francesa, especialmente en sus *Reflexiones sobre la revolución en Francia* (1790). Hoy todavía el comunitarismo conservador mantiene en lo fundamental la mayoría de las ideas expuestas ese libro. Nadie como él ha condenado los fundamentos filosóficos de las revoluciones con mayor brío. Conviene recordar que su crítica es también la de un conocedor de primera mano de la situación francesa: en 1757 y en 1773 visitó Francia y regresó escandalizado por el espíritu antireligioso y por el abandono de la tradición que creyó percibir.

Mucho antes del Terror, Burke aprovechó un sermón en defensa de la revolución francesa, pronunciado el 4 de noviembre de 1789 por el doctor Richard Price, un pastor protestante, para subrayar la inmensa distancia existente entre la revolución inglesa de 1688, que estableció la monarquía constitucional, y la de francesa de 1789. Las *Reflexiones* se presentan en la forma de carta a un gentilhombre francés, en que Burke le expresa su horror por el uso de las abstracciones y por el espíritu de sistema, que pretende deducir los 'derechos del hombre' a partir del estado de naturaleza.

El argumento de Burke es el que más se ha usado contra todas las declaraciones de derechos humanos a lo largo de los últimos siglos: a los derechos en abstracto debe oponérsele una concepción concreta, histórica, de las libertades. Un derecho siempre es algo concreto y resulta inseparable de un deber; pretender que pueden existir derechos humanos al margen de las obligaciones es un total engaño. La libertad no es un concepto abstracto –y mucho menos un absoluto–, sino una herencia recibida de los antepasados, la consecuencia de un proceso que arranca de la tradición y que demuestra eficaz con el correr del tiempo. (*“Gracias a nuestra resistencia obstinada a la innovación, gracias a la pesadez y a la frialdad de nuestro carácter nacional, estamos todavía hechos a imagen de nuestros ancestros”*). La libertad inglesa no es el producto de una filosofía como la de las Luces, con su racionalismo abstracto y su escepticismo, sino de la tradición enraizada en un proceso de siglos. La superioridad del sistema inglés deriva de que la realidad siempre es más compleja que cualquier teoría y que cualquier principio a priori, por lo que es mejor un sistema basado en la experiencia que en principios abstractos.

Mientras la revolución inglesa de 1688 se hizo para consolidar las antiguas libertades y sin enfrentamiento entre clases (más bien con el beneplácito de la *gentry*), la Revolución de 1789 se hace para imponer libertades nuevas, reivindicando derechos al margen de los deberes y movida por el resentimiento, lo que siempre es peligroso porque implica destrozarse el tejido social tradicional, substituyéndolo por principios abstractos, puramente especulativos e irrealizables.

No somos ni los catecúmenos de Rousseau, ni los discípulos de Voltaire; y Helvetius no ha penetrado en absoluto entre nosotros. Bien sabemos que en moral no podemos reivindicar ningún descubrimiento; pero pensamos que en esta materia no hay descubrimientos a hacer, y mucho menos por lo que respeta a los grandes principios de gobierno y a las ideas de libertad que se comprendían antes de llegar nosotros al mundo y que se comprenderán (...) cuando el silencio de la tumba haya puesto fin a nuestra imprudente verborrea.

Según mantiene Burke, la libertad es la consecuencia de una situación histórica concreta, no se puede deducir a priori, ni se expresa en máximas abstractas, puramente retóricas. Por eso, en la medida en que sitúa la *libertad de los ingleses* como proceso histórico, cree que resulta inaplicable en el Continente. El lenguaje de los derechos resulta incomprensible cuando se expresa en máximas abstractas, sin un enraizamiento histórico y cultural.

Esa clase de gentes [los revolucionarios] están tan imbuidas de sus teorías de los Derechos del Hombre que han olvidado totalmente la naturaleza humana. Han conseguido cegar las avenidas que conducen al corazón, sin abrir nuevas vías a la comprensión. Han pervertido en sí mismos y en quienes les escuchan todas las simpatías nobles del pecho humano.

Por lo demás, los ingleses habrían sabido construir sus libertades conforme a principios prudenciales (aristotélicos) que están en la antítesis de lo que significa una revolución. Esa es la sabiduría política que deriva de la tradición. Hay un abismo entre el reformismo inglés y el espíritu de absoluto que anima la Revolución francesa. Como lector de Locke, Burke cree en la existencia de derechos naturales (la vida, la justicia, el fruto del trabajo, la educación de los hijos...), pero esos derechos son concretos y evolutivos – y el derecho de propiedad no es para nada sagrado e inviolable, todo hay que decirlo. Los auténticos derechos naturales se expresan y se defienden con prudencia. Una ruptura revolucionaria los desfigura y solo produce terror y miseria.

*iMatanzas, torturas, patíbulos! iHe aquí vuestros derechos del hombre!
iHe aquí los frutos de las declaraciones metafísicas tan alegremente
hechas y tan vergonzosamente abandonadas!*

El interés de la crítica de Burke a los Derechos Humanos deriva de que no es un antiilustrado, sino un pensador ampliamente influido por Hume y Adam Smith. Si se opone a la Revolución francesa es mediante un argumento que no pretende ser restauracionista sino empírico: la experiencia le demuestra que los cambios súbitos, aunque se lleven a cabo en nombre la libertad, son liberticidas y que las abstracciones son peligrosas en política. La Revolución francesa, no encarna –en su opinión– los valores de la libertad, sino los del poder. La revolución se basa en un principio rechazable: el de la soberanía del pueblo que no le parece otra cosa que una voluntad abusiva de participación en el poder. Además confunde derechos naturales y derechos civiles, libertad y simple arbitrariedad, y reconocimiento de aspiraciones puramente ideales con satisfacción de necesidades concretas. “El horrible cometa de los derechos del hombre” es el paradigma de la falsa sublimidad puramente retórica.



El Estado según Burke es consecuencia de un pacto, pero no de un pacto como el que puede servir para fundar una sociedad que trafica “en pimienta y café, en algodón o tabaco, o en alguna preocupación social baja”. Hay intereses permanentes de una sociedad que son, precisamente, los que la revolución ataca en vez de contribuir a potenciarlos. La continuidad de la tradición ofrece seguridad, incluso desde el punto de vista emocional, y una guía clara de actuación política. El Estado constituye: *una asociación no solo entre vivos, sino entre los muertos y los que han de nacer* y eso es lo que la Revolución pretende destruir.

Burke mantiene, además, que un verdadero liberal lo que debe promover es la limitación del poder, mientras que las revoluciones lo que pretenden es ejercerlo y ampliarlo, a cualquier precio. Esa crítica al totalitarismo revolucionario, que tiende a extender el poder del estado anulando el de los individuos, se hizo evidente a lo largo del s. 20 y se puede constatar todavía hoy.

¿Qué es, por lo demás, la libertad sin la sabiduría y sin la virtud? Es de todos los males el peor. Porque es el desorden, el vicio y la demencia – sin nada que guíe, que frene, que limite. Quienes saben qué es la libertad animada por la virtud no pueden sufrir que retóricos incapaces la deshonren a base de grandes palabras. (...)

Constituir un gobierno no es muy difícil. Dar al pueblo bases sólidas, enseñar la obediencia – eso es todo. Dar la libertad todavía es más fácil: no es necesario conducir, consiste en dejar ir las riendas. Pero construir un gobierno libre – es decir, templar uno por uno esos dos elementos contrapuestos que son la libertad y la obediencia y reunirlos

para formar un conjunto coherente – eso exige una gran reflexión y profundidad y supone un espíritu sagaz, potente e inspirado.

La obra de Burke logró un éxito inmediato en toda Europa, asociada a las ideas contrarrevolucionarias, aunque Burke no comparte para nada las tesis de un Luis de Bonald (1754-1840) o de un Joseph de Maistre (1753-1851). Todavía Hannah Arendt asumirá la tesis de que las revoluciones implican la ruptura efectiva de las formas naturales y de las políticas de solidaridad: lo natural es la evolución, no la ruptura. Pero el error de Burke, según Tocqueville, consistió en ignorar la obra constructiva de la revolución, obviando lo que ésta hizo posible en tanto que novedad radical.